

ALAIN FINKIELKRAUT

## LA DISOLUCIÓN DE LA CULTURA

TRADUCCIÓN DE GABRIEL FAVELA

**U**BUESCO. ¿CON QUE otro nombre designar actualmente a la Organización de las Naciones Unidas para la Educación y la Cultura? Las cifras son abrumadoras: el funcionamiento interno de la UNESCO absorbe las tres cuartas partes del presupuesto total. De los 3,380 funcionarios que laboran ahí, sólo 434 son expertos en el campo. En pocas palabras, la maquinaria funciona para sí misma, su perpetuación se ha convertido en su meta y, según una desviación bien conocida de las burocracias, el servicio público se ha encaminado progresivamente hacia el servicio de sí mismo: la UNESCO es cada vez más cliente de la UNESCO y las poblaciones del mundo lo son cada vez menos. Esta institución tenía a su cargo, según su acta constitutiva, promover o por lo menos favorecer "la solidaridad moral o intelectual de la humanidad". Actualmente, como una forma irrisoria de autogestión, se dedica casi exclusivamente a administrar su propia existencia.

Sin embargo, si uno cree en las declaraciones de su director general y en el tono triunfalista de las resoluciones que publica, la UNESCO nunca ha sido tan emprendedora. Su campo de acción es la cultura; ahora bien, según el Sr. M'bow, la cultura se define como "la suma total de las actividades creadoras de un pueblo, sus métodos de producción y de apropiación de bienes materiales, su forma de organización, sus creencias y sus sufrimientos, su trabajo y su tiempo libre, sus sueños y sus éxitos".<sup>1</sup> Conclusión: no hay tema sobre el cual la UNESCO no tenga algo que decir. Puesto que, de las labores domésticas a las técnicas industriales, de la alimentación a la manera de vestir, de las bellas letras al deporte en equipos y de los buenos modales a las normas familiares, todo es cultura, el departamento destinado por las Naciones Unidas a esa materia está capacitado para hacerse cargo de la totalidad de las prácticas humanas. Parálisis de la acción, hipertrofia de la palabra: mientras menos actúa esa burocracia, más se amplían sus atribuciones y se extiende su territorio imaginario. La eficacia es inversamente proporcional a la locuacidad y a la ambición. La UNESCO afirma su solicitud universal, en tanto que la mayor parte de sus recursos se destina a su propio mantenimiento. Se generalizan desvergonzadamente las competencias de la Organización, en el preciso momento en que sus logros se hacen cada vez más escasos. Puesto que nada de

lo que es humano, inclusive de lo que está vivo, es ajeno a la cultura, en las interminables conferencias de la UNESCO se toca una infinita gama de temas, y a manera de acción concreta, esa pléthora de discursos se graba, edita y difunde en todas las lenguas.

De ahí que sea ridículo el contraste que existe entre lo desmesurado de los objetivos y la pobreza de las realizaciones. Todo sucede como si la UNESCO compensara la ausencia de resultados con el vértigo de las palabras. Se usan proyectos cada vez más globales como biombos que ocultan la miseria, por parte de una administración cada vez más trabada consigo misma. Ese ministerio mundial del Hombre mantiene (fastuosamente) a una aristocracia de funcionarios internacionales para difundir en el mundo un evangelio hechizante y vacío.

Pero la crítica no debe detenerse ahí. Aún hay demasiada indulgencia en el diagnóstico de abandono burocrático y de incontinencia verbal que suscitan espontáneamente tanto la literatura reciente de la UNESCO como las cifras de su administración. Los piadosos deseos de la Organización no sólo ocultan una ineficacia ridícula: expresan una filosofía temible. Por más débil que sea su balance práctico, por más absurdo y dispendioso que haya resultado su modo de funcionar, la UNESCO juega hoy como ayer un papel ideológico capital. Pero de lo que se trata ahora es de rechazar la filosofía que, hace cuarenta años, presidió el nacimiento de la Organización. Es evidente que la palabra de referencia sigue siendo *cultura*, sólo que su significado ha sido subrepticamente invertido. Sin darse cuenta de ello, bajo la inmutable bandera de una palabra indiscutible, la UNESCO combate hoy los valores que debía propagar.

### EL EQUÍVOCO

Para todos los participantes en la conferencia de Londres de 1945, era evidente el objetivo de la agencia internacional que estaba por nacer. Se trataba, según la bella expresión de Torres Bodet, el entonces delegado de México, de "abordar en la historia humana una era distinta de la que acababa de terminar".<sup>2</sup> Una época en la que ningún Estado pudiese correr una cortina alrededor de su población ni "adoctrinarla sistemáticamente por medio de ideas estrechas y rígidas".<sup>3</sup> Una época en la que reinase "un verdadero espíritu de paz", ya que las ideas circularían libre-

mente de una nación a otra, y los individuos, en lugar de ser amaestrados, embrutecidos y manipulados por ideologías totalitarias, serían educados para hacer uso de su razón.

Así, la prueba sin parangón del nazismo fue lo que inspiró a los fundadores de la UNESCO. Puesto que dicho régimen había lanzado al mundo a la guerra apoyándose en el despotismo, es decir la supresión de las libertades, al mismo tiempo que en el oscurantismo, o sea la explotación del prejuicio y de la ignorancia, la nueva institución tenía a su cargo la protección de la libertad de opinión así como ayudar a vencer las opiniones aberrantes, las doctrinas que convierten al odio en sistema de pensamiento o que proporcionan una coartada científica a la voluntad de poder. Por tanto, su papel debía consistir en proteger al pensamiento ante los abusos de poder y en educar a los hombres para que impidan definitivamente que los demagogos confundan su pensamiento.

Al unir el progreso moral de la humanidad con el intelectual y al colocarse en el doble campo *político* de la defensa de las libertades y *cultural* de la formación de los individuos, los responsables gubernamentales y las altas autoridades intelectuales reunidos en Londres se comunicaban espontáneamente con el espíritu de la Ilustración. La época distinta cuyo surgimiento deseaban favorecer se enraizaba filosóficamente en el siglo XVIII y concebían a la UNESCO bajo los auspicios implícitos de Diderot, Condorcet o Voltaire. En efecto, estos filósofos nos enseñaron que si la libertad era un derecho universal, sólo podía considerarse libre un hombre ilustrado. Ellos fueron quienes formularon, respecto al poder público, estas dos exigencias indisolubles: respetar la autonomía de los individuos y ofrecerles a través de la instrucción la posibilidad de ser efectivamente autónomos. Y al día siguiente de la victoria sobre Hitler, sus sombras tutelares parecían dominar el acta constitutiva de la UNESCO y dictarles a sus redactores los términos de la misma. Establecieron como objeto de la Organización "asegurar para todos el pleno e igual acceso a la educación, la libre búsqueda de la verdad objetiva así como el libre intercambio de ideas y copocimientos". Y esperaban que esa cooperación cultural diera al mundo los medios para resistir victoriosamente los ataques a la libertad del hombre.

¿Cuál hombre? ¿El sujeto abstracto y universal de la Declaración de los derechos del hombre y del ciudadano? ¿La realidad incorpórea, el ser sin ser, la criatura sin carne, sin color y sin cualidades que llena los grandes discursos universalistas? ¿El individuo, privado de todo aquello que lo distingue? Desde las primeras conferencias de la UNESCO, el orden del día cambia imperceptiblemente: la crítica del idealismo sustituye a la crítica del fanatismo. El cuestionamiento del humanismo abstracto prolonga y radicaliza la reflexión de Londres acerca de la manera de inmunizar al mundo contra las doctrinas que niegan la unidad del género humano. Al espíritu de la Ilustración sigue el de las ciencias humanas; después de los juristas y los hombres de letras, son los sociólogos pero sobre todo los etnólogos quienes dan

su opinión. Exigen del humanismo un esfuerzo suplementario para que sea verdaderamente humano, es decir, para que incluya, en el respeto por los seres humanos, a las formas concretas de su existencia. Recuerdan este hecho olvidado por las grandes declaraciones de derechos: "El hombre no concreta su naturaleza en una humanidad abstracta sino en culturas tradicionales".<sup>5</sup>

Y su crítica llega todavía más lejos: hace salir de ese sujeto abstracto, de ese fantasma metafísico celebrado por los filósofos, a un ser material: el hombre europeo. Demuestra que la humanidad abstracta no es sólo un suave ideal sino una ficción útil, el pretexto cómodamente invocado por una civilización particular para colonizar a los demás y para imponer su ley. Descubre que el hombre elevado por el Occidental por encima del tiempo y del espacio tiene, de hecho, una identidad, una historia, un cuerpo: no es más que el Occidental mismo que niega, para establecer su hegemonía, las demás versiones posibles de la humanidad; que erige su carácter específico como valor universal; que hace de su modo de ser un fetiche; que da a sus costumbres localizadas y transitorias el sello de lo intemporal y que cree tener el derecho de exigir a los pueblos no europeos que adopten sus propias normas de comportamiento.

La UNESCO debía permitir que se abordara un nuevo capítulo de la historia humana. Pero la época que terminaba ¿acaso no estaba marcada por la colonización así como por la guerra? ¿por la soberbia del Occidente, convencido de que encarnaba la civilización, así como por la afirmación nazi de una jerarquía natural entre los seres? ¿Por la megalomanía cultural tanto como por el delirio biológico? Indudablemente, había que afirmar la unidad del género humano frente a las tesis abiertamente antihumanas defendidas por Hitler. Pero la arrogancia etnocéntrica del colonialismo europeo exigía que hubiese un avance y que se condenase la asimilación de todas las formas de vida a un modelo único, del mismo modo que la obsesión de pureza racial. Nazismo o colonización, ambas eran formas de pisotear la dignidad de la persona humana: encerrarla dentro de su raza, arrancarla de la "red compleja de usos, costumbres y actitudes conservadas por la tradición" que constituyen lo que las ciencias sociales (en este caso el antropólogo E. Sapir) llaman su cultura.

Así pues, como reacción contra el racismo colonialista, se introdujo en la UNESCO un nuevo concepto de cultura que, como se advierte actualmente, resulta incompatible con la idea que defendían sus fundadores, traumatizados por el racismo hitleriano.<sup>6</sup> "Es indispensable, —decía Clement Attlee en la conferencia de Londres— que contemos con organizaciones que tengan cada una a su cargo uno de los grandes campos de la actividad humana: trabajo, higiene, alimentación, agricultura, transportes y finanzas. Nos hemos puesto a trabajar seriamente y hemos empezado a crear los instrumentos de nuestra futura vida cooperativa internacional; sin embargo, sea cual fuere la forma en que clasifiquemos los principales elementos de la vida pública internacional, no podemos ex-

cluid de dicha clasificación a ese importante y vasto campo de actividad que podríamos designar con el nombre bastante amplio de "vida intelectual".<sup>7</sup>

Para Attlee, al igual que para los demás delegados presentes en Londres, no cabe duda de que la cultura constituye un sector particular de la vida humana. Y es precisamente ese carácter específico lo que impugnan las ciencias sociales al suprimir la identificación entre lo intelectual y lo cultural. Si les creemos a los antropólogos, la vida del espíritu no puede invocar autonomía alguna. Ninguna superioridad la distingue de las múltiples actividades humildes o triviales que conforman la parte no intelectual de la existencia. El campo del arte y de las ideas se integra, como cualquier actividad, a esa totalidad palpable y distinta que constituye la cultura de una comunidad. Al abarcar la vida entera y al gobernar silenciosamente las conductas más elementales así como las obras más elaboradas, las instituciones, las creencias, los gestos instintivos y el ejercicio de la razón, este segundo tipo de cultura es la identidad común a todos los miembros de una sociedad. Así, la "vida intelectual" de que hablaba Attlee no es ya ni un mundo aparte ni una actividad exclusiva: su particularidad se ha disuelto y ya sin decoraciones ni prerrogativas, la encontramos situada en el mismo nivel que las formas plebeyas de la actividad humana. No hay ya barrera alguna que resista entre la materia en bruto de la experiencia y la creación artística o la contemplación de las ideas. Temible uniformidad: la cultura que abarca todo priva al hombre de la facultad en la que Léon Blum o Clement Attlee habían depositado todas sus esperanzas: el poder de trascender lo dado y de llegar a una existencia distinta al seleccionar entre la enorme cantidad de creencias, opiniones, hábitos, rutinas, ideas recibidas y costumbres que componen la herencia de cada individuo.

Dentro de esta nueva perspectiva, la razón individual no es más que una función de la inteligencia colectiva. El "nosotros" incluye constantemente al "yo"; nadie se escapa de su entorno, todo sujeto es un actor, pero haga lo que haga, es la sociedad en que vive la que le define su papel y, como si fuera el apunador, le indica sus entradas en escena. Bajo la apariencia fascinante de una democratización de la cultura y de una transformación en el hombre concreto, las ciencias sociales llevan a cabo una verdadera transmisión de poderes: la calidad de sujeto se transmite del individuo al grupo: es la comunidad la que tiene identidad propia y vida interior, en tanto que los individuos no son más que intermediarios o portavoces indispensables de esa personalidad colectiva.

Extraño vuelco. Habiendo aprendido del episodio nazi la lección de que existía un nexo entre barbarie e ignorancia, los fundadores de la UNESCO se propusieron crear, a escala mundial, un instrumento para cultivar a los hombres. Cuarenta años después, sus sucesores elevan sin vacilaciones la ignorancia al nivel de cultura, al designar con este término al "conjunto de conocimientos y valores que no son objeto de enseñanza específica alguna y que no obstante saben todos los miembros de una comunidad".<sup>8</sup>

## LA TRAICIÓN GENEROSA

En 1926 apareció el célebre libro de Julien Benda *La Traición de los clérigos*. El autor condena ahí el entusiasmo de la Europa pensante ante las profundidades misteriosas y maternales del alma colectiva. Se asombra ante el júbilo y la exaltación con que los párrocos de la actividad intelectual sacrifican al intelecto ante el instinto y proclaman la primacía de las fuerzas inconscientes sobre el ejercicio de la razón. Denuncia a los filósofos y a los hombres de letras que, contrariamente a su tradición milenaria, enseñan que un pueblo "debe formarse un concepto de sus derechos y obligaciones inspirado por el estudio de su genio especial, de su historia, de su posición geográfica, de las circunstancias particulares en que se encuentra, y no por los imperativos de una supuesta conciencia del hombre de todos los tiempos y lugares".<sup>9</sup> Con indignado estupor comprueba que los hombres instruidos de su época abandonan la preocupación por lo intemporal y la idea misma de universalidad, para poner todo su talento y su prestigio al servicio del espíritu local, para fomentar los exclusivismos, para exhortar a su nación a abrazarse, a adorarse a sí misma y a colocarse "contra los demás, en su lengua, en su arte, en su filosofía, en su civilización, en su cultura".<sup>10</sup>

Cultura: tomada en el sentido de espíritu del pueblo, esta palabra, tal como lo señala Benda, es un legado del romanticismo alemán. Como sabemos, la idea de *Volkgeist* o de alma colectiva surgió como reacción contra la filosofía de la Ilustración y su traducción histórica, que es la Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano. El siglo XVIII pretendía emancipar al hombre de una doble autoridad: la política —del despotismo—, y la intelectual —del prejuicio o de la opinión. El romanticismo le responde que el hombre no existe puesto que la variedad de los pueblos no puede ser superada. No hay hombre en sí, como tampoco hay una razón eterna o una ley válida para todos. Los principios morales, las ideas y las normas jurídicas proceden, como la lengua, del genio de cada nación. Por lo tanto, constituye un pecado contra la diversidad humana el querer someter al mundo entero a valores superiores o a una Declaración Universal de Derechos.

Un siglo después, Julien Benda ve cómo esa forma de pensar resurge y triunfa en toda Europa. Su conclusión es simple: una humanidad presa de tal concepto de cultura sólo puede ir rumbo a la "matanza organizada de todos contra todos"<sup>11</sup>, a "la guerra más total y perfecta que haya conocido el mundo".<sup>12</sup>

Ahora bien, con el *imprimatur* de las ciencias humanas, este paganismo étnico vuelve a reinar, y en la UNESCO, es decir en la institución creada para curar al mundo de ese mal. Pongámonos de acuerdo: no es ni por dogmatismo tribal ni para obstaculizar los derechos del hombre por lo que gran parte del pensamiento contemporáneo impugna la definición limitativa que la tradición humana ha dado al concepto de cultura. Acabamos de ver que la intención que la anima es, por el contrario, la de *extender estos derechos* a los estilos de vida, a los modos de ser, en pocas

palabras, a las culturas en las que los hombres se relacionan y se expresan. Y la virtud que la inspira es el escepticismo: si las ciencias humanas rechazan el espíritu de la Ilustración, no es para complacer a la voluntad de poder de la sociedad que las vio nacer, sino para desarmarla, para denunciar la ceguera de una civilización demasiado pronta a creer que traía al resto del mundo la redención y la salvación. Frente a los logros técnicos de Occidente y la misión educativa con que por ello se sentía investido, los antropólogos oponen el hecho de que la humanidad europea no está retrasada y que los indígenas no son niños, sino los herederos de una tradición elaborada y original. No es la arrogancia lo que motiva esa actitud, sino la humildad; no la glorificación de sí misma sino el maravilloso descubrimiento de la diferencia: Europa se tomaba a sí misma como lo absoluto y era preciso hacerla salir de la embriaguez de ese sueño inculcándole de una vez por todas el sentido de la relatividad. El salvaje, el bárbaro, el primitivo: lugares comunes de odio o de condescendencia, privados de toda legitimidad intelectual por parte de las ciencias humanas. Y junto con esas caricaturas, lo que se derrumba es la idea de jerarquía entre las comunidades humanas, y la discriminación entre pueblos inferiores y pueblos superiores. Mientras que los hombres instruidos de los que hablaba Benda estaban en lucha contra el extranjero en todas sus formas, el pensamiento contemporáneo, en nombre del Otro, se volvía a hacer cargo de la noción romántica de cultura para perturbar la buena conciencia de Occidente. El punto de vista adoptado es crítico, no lírico. Y si a veces los etnólogos dan muestras de ternura o de lirismo, no es ante las proezas de la civilización industrial sino ante la complejidad de estilos de vida que dicha civilización coloca espontáneamente en el campo tenebroso de la superstición o de la ignorancia. En este pensamiento no hay indicios de desprecio hacia el prójimo, sino al revés, un deseo de rehabilitarlo, colocando la idea de pluralismo cultural en lugar de la afirmación que hace Occidente de su propia preeminencia.

Por otra parte, no cabe duda de que el tema de la identidad cultural inventado por las ciencias humanas ayudó a los pueblos del tercer mundo a liberarse de la escala de valores que sirvió para lograr su esclavitud. Las élites de los países de Asia o de África que habían adoptado el punto de vista del colonizador encontraron un recurso contra la enajenación en la idea de que las culturas son equivalentes y de que cada una de ellas se justifica dentro de su propio contexto. Puesto que la técnica ya no era prueba del adelanto de un pueblo, podía resurgir todo un pasado que había quedado oculto o descalificado. Recuperaban así su legitimidad perdida las costumbres despreciadas en nombre de una visión simplificadora del progreso. "Millones de hombres arrancados a sus dioses y a sus tierras, a sus costumbres, a su vida, a su clase, a su sabiduría"<sup>13</sup> recuperaban la posesión de sí mismos y se sentían con derecho a emprender la reconquista de su memoria sumergida.

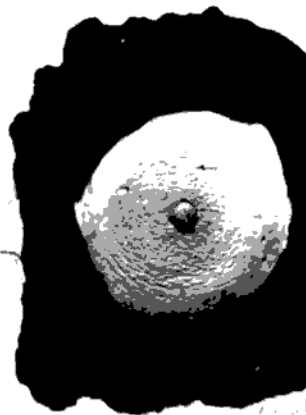
Así, la idea de alma colectiva permitía que los colonizados estuvieran orgullosos de las tradiciones que se trataba de convertir en motivo de vergüenza. Sin embargo, esa misma idea los despojaba de todo poder ante su propia comunidad. No podían tratar de colocarse fuera de ella, independientes de sus imperativos, alejados de sus costumbres, puesto que, al sacudirse el yugo de la colonización, habían tratado de liberarse precisamente de ese infortunio. Para ellos, lograr la independencia significaba sobre todo recuperar su cultura. Así, es lógico que la mayoría de los estados nacidos bajo tales auspicios se hayan fijado como objetivo concretar ese encuentro. Es decir, integrar sólidamente a los individuos en lo colectivo: no cortar sino reparar el cordón umbilical que une a los seres con su entorno materno: garantizar la integridad y la homogeneidad del cuerpo social y procurar, en nombre de la cultura, que ninguna crítica intempestiva venga a turbar el culto de los prejuicios seculares. En pocas palabras, asegurar el triunfo definitivo del espíritu gregario sobre las demás manifestaciones del espíritu.

Hé nos pues aquí, elogiando de nuevo al oscurantismo del que hablaba Benda, esa fática transmutación de la cultura en *mi* cultura, que era para él el distintivo de la época moderna, su insustituible contribución a la historia moral de la humanidad. Hé nos aquí una vez más, conducidos a esta mística del *Volkgeist*, a esta adoración del alma colectiva, que al principio el romanticismo alemán había opuesto a las ideas de la Revolución Francesa y que poco a poco había conquistado a las demás naciones europeas.

Concediéndole —aunque demasiado tarde— la razón a Benda, Europa intentó en 1945 armar intelectualmente al mundo contra el resurgimiento de esa religión: ése es el sentido

PRIERE  
DE  
TOUCHER

LE SURREALISME EN 1947



profundo de la creación de la UNESCO. Se puede medir el fracaso del intento al ver el romanticismo descabellado que impregna las actuales resoluciones de la Organización. En ellas se dice que los seres humanos toman toda su substancia de la colectividad a la que pertenecen; que la identidad personal de los individuos se confunde con su identidad colectiva<sup>14</sup>; que todo en ellos —creencias, valores, inteligencia o sentimientos— procede de la combinación de clima, modo de vida y lengua que antaño se llamaba *Volkgeist* y que ahora llamamos identidad cultural; que la meta de la educación no es abstraer sino sumergir a todos en ese océano, hundirles en él con la cabeza por delante.<sup>15</sup>

Es así como el romanticismo triunfa una vez más sobre el espíritu de la Ilustración, y los ilustrados occidentales no son totalmente inocentes respecto a esa espectacular readaptación del pensamiento. Seguramente se debió a una preocupación de apertura el que hayan sustituido la definición humanista por su definición romántica. Fue un acto de constrictión el hecho de que en 1947 la American Anthropological Association haya entregado a las Naciones Unidas un proyecto de Declaración de derechos del hombre cuyo primer artículo estaba redactado así: "El individuo concreta su personalidad por medio de la cultura: el respeto a las diferencias individuales trae aparejado el respeto a las diferencias culturales"<sup>16</sup>. La intención es generosa, pero se trata de una generosidad tan torpe como la del oso que aplasta el rostro del jardinero al espantarle la mosca que viene a importunar su sueño. Quienes denuncian las insuficiencias o las imposturas del espíritu de la Ilustración tienen la creencia de que se están remontando hacia las fuentes del racismo colonialista cuando de hecho lo que están cuestionando es la posibilidad misma del antirracismo. Sustituyen al hombre abstracto por el hombre real para plasmar en una hospitalidad efectiva el respeto proclamado por la persona humana. Pero amar en los demás hombres la cultura en que se encuentran equivale, bajo el disfraz de una recepción incondicional, a sujetarlos a sus costumbres y a disolver su nombre propio en el nombre de la comunidad, que es como negarles toda escapatoria, todo margen de maniobra; en suma, equivale a suprimir, entre el individuo y la colectividad de que forma parte, el juego que la antropología de la Ilustración dejaba subsistir e inclusive trataba de consolidar. No existe la certeza de que esa forma de amor sea afortunada para la humanidad, ni que la visión de la cultura como una madre envolvente que el hombre no puede ni debe abandonar, favorezca realmente el diálogo.

#### LA ALIANZA

"Toda cultura representa un conjunto de valores único e insustituible puesto que mediante sus tradiciones y sus formas de expresión, cada pueblo puede manifestar en la forma más completa su presencia en el mundo"<sup>17</sup>.

La declaración de México acerca de las políticas culturales rechaza solemnemente la idea de progreso. En

otras palabras, la UNESCO rompe con la religión común a Marx y a la coca-cola, al capitalismo occidental y a su crítica revolucionaria. Es cierto que ni la coca-cola ni Marx tienen la misma representación del desarrollo: optimismo lineal por un lado, optimismo apocalíptico por el otro: evolución dulce contra revolución brutal; el papel educativo de las clases dirigentes contra la misión redentora del proletariado. Las finalidades son tan divergentes como los métodos. No obstante, en los dos casos una misma divinidad —el progreso— reina sobre la humanidad entera y la obliga a seguir avanzando.

El tema de la identidad cultural anima desde ahora a todos los pueblos, inclusive a todas las minorías, a ir hacia atrás y abandonar el futuro común formado por la sociedad industrial, en beneficio de la exaltación y la resurrección del pasado en lo que éste tiene de distinto. La jerarquía temporal se derrumba: la nostalgia del origen sustituye a la impaciencia por el mañana. La *historia*, concebida como un continuo ascenso de la humanidad, le cede su lugar a la irreductible diversidad de los *recuerdos*. Vuelven a surgir las tradiciones que habían sido enviadas a las mazmorras. Los slogans progresistas de las grandes marchas de antaño son sustituidos por la consigna generalizada del *regreso* (a las fuentes, a la tradición oculta, al corazón de la nación, a la autenticidad de la vida religiosa). Y todo lo que ayer poblaba los "basureros de la historia" llena hoy la actualidad.

Paradójicamente, esta derrota de la ideología socialista no tiene equivalente político. Los países del Este ejercen el poder en la UNESCO con una mayoría de Estados del tercer mundo; el marxismo reina con el fundamentalismo. A esta alianza entre el culto por el porvenir radiante y la glorificación del pasado fundador le debemos, por ejemplo, la idea de un Nuevo Orden Mundial de la Información y de la Comunicación, así como la adopción "por aclamación", el 22 de noviembre de 1978, durante la vigésima sesión de la Conferencia General de la UNESCO, de una "Declaración sobre la contribución de los órganos de información al fortalecimiento de la paz y de la comprensión internacional, a la promoción de los derechos del hombre y a la lucha contra el racismo, el apartheid y la incitación a la guerra".

¿De qué se trata? De contrarrestar el poder de las cuatro grandes agencias de prensa mundiales, todas ellas occidentales —U.P.I., Associated Press, Reuter y A.F.P.— por medio del desarrollo y la valorización de las agencias y de los medios de información del tercer mundo. "El establecimiento de un nuevo equilibrio y de mayor reciprocidad en la información" deberá permitir que se hagan oír "la voz de los pueblos oprimidos" (artículo II), "los puntos de vista y las aspiraciones de las generaciones jóvenes" (artículo IV), "los puntos de vista presentados por quienes consideran que la información publicada o difundida ha perjudicado gravemente la acción que despliega con objeto de fortalecer la paz y la comprensión internacional y promover los derechos del hombre, luchar contra el racismo, el apartheid y la incitación a la guerra" (artículo V).

Se les reprocha a las pocas agencias que detentan actualmente el monopolio de la información libre que sofoquen esa libertad con su monopolio y que le impongan un sentido único a la comunicación entre los hombres. Ello se debe a que, para los autores del proyecto N.O.M.I.C., un periodista occidental es Occidental antes que individuo. Su origen modela sus intenciones. Por más que pretenda hacer el vacío y abrirse sin prejuicios hacia el mundo exterior, su mirada está orientada, su cultura es pegajosa y lo acompaña en todos sus viajes. Cuando cree estudiar, interpretar e inclusive sólo describir los acontecimientos que se desarrollan en otra sociedad, sólo refleja los prejuicios de la suya. Por más libre que se crea, por más objetivo que pretenda ser, sigue estando condicionado por los valores particulares de su universo mental. Cuando el periodista no sirve deliberadamente a los intereses de Occidente, obedece a los impulsos y a las directivas de su identidad cultural. En resumen, en el peor de los casos es un agente, y en el mejor, un síntoma, pero en todo caso es un emisario. Si se quiere defender la libertad de información, hay que evitar que perjudique, y esto se logra de dos formas: protegiendo a los pueblos contra su propaganda y oponiendo a la voz de Occidente las del resto del mundo, dejando a éstas la obligación de enunciar fielmente las "aspiraciones" de su cultura, es decir, más claramente, renunciar a toda originalidad personal.

Como vemos, el pacto que une en la UNESCO a los partidarios de la Resurrección con los de la Revolución no es solamente táctico. Los anima el mismo concepto de hombre, que puede resumirse en pocas palabras: el individuo es una pseudo-realidad. La totalidad a la que pertenece es lo que le da sentido a su comportamiento. De ahí el entusiasmo con que callan sus divergencias así como la batalla que libran al unísono contra la cultura definida como el instrumento por excelencia para individualizar a los seres humanos y para hacer que la libertad se transforme, de derecho natural en posibilidad efectiva del espíritu.

## RACISMO Y CULTURA

Claude Lévi-Strauss pronunció en la UNESCO dos conferencias, destinadas ambas, aunque por razones opuestas, a provocar una gran resonancia. En la primera, de 1951, Lévi-Strauss demostró la nulidad científica del concepto de raza. Las diferencias que existen entre los grupos humanos se deben a "circunstancias geográficas, históricas y sociológicas, y no a aptitudes distintas ligadas a la constitución anatómica o física de los Negros, de los Amarillos o de los Blancos"<sup>18</sup>. En lugar del dogma de la desigualdad de las razas humanas, denunciado solemnemente en el acta constitutiva de la UNESCO, Lévi-Strauss (y junto con

## LA DERROTA DEL PENSAMIENTO DE ALAIN FINKIELKRAUT

Por DAMIÁN RAYÓN

*"Cuando se critica la filosofía de una época no hay que dirigir principalmente la atención a esas posiciones intelectuales que sus exponentes creen necesario defender de una manera explícita. Habrá algunas suposiciones fundamentales que los adherentes de los varios sistemas dentro de la época dan por sentadas de un modo inconsciente. Esas suposiciones parecen tan obvias que la gente no sabe que las defiende porque ninguna otra forma de planteo se les ha ocurrido jamás. Con esas suposiciones es posible cierto número limitado de sistemas filosóficos; ese grupo de sistemas constituye la filosofía de la época"*.

Alfred North Whitehead,  
*Science and the Modern World*

Francia parece tener el secreto de la súbita eclosión de jóvenes talentos que, de pronto, invaden el panorama intelectual. El último en llegar —ya alabado y detestado por ir en contra de la corriente bienpensante— es un ensayista-filósofo, Alain Finkielkraut, que no tiene aún cuarenta años y va ya por su noveno libro.

Es más que arduo resumir una obra polémica en la que cada página parece ocultar una "bomba intelectual" perfectamente meditada y expuesta. Generalizando, digamos que el autor proclama de entrada lo que ataca y lo que se propone demostrar. Existe, para él, una "vida con el pensamiento" —es decir superior— que contrapone a la mera vida cotidiana. Esa instancia más elevada es todavía defendida por unos pocos. Los "conformistas" de la situación actual (que se creen revolucionarios) la recusan. Mejor dicho, sostienen que si todo es *cultural*, no hay que privilegiar la civilización europea con su carga de siglos frente a las otras culturas del mundo —antiguo o moderno— que tienen también todo el derecho de existir y afirmarse en sus respectivas particularidades.

Para ellos —sigue Finkielkraut— "la vida inteligente no es superior al arte de tejer o al hecho de masticar betel..." ¿Cómo hemos llegado a eso? Ya Julien Benda, en *La trahison des clercs* (1926) se escandalizaba del entusiasmo europeo por el "alma colectiva". Según ese autor, los letrados abandonaban el sentimiento de universalidad para glorificar los particularismos; cada nación pretendía, así, situarse "contra las otras, en su lengua, su arte, su filosofía, su civilización".

Con un método parecido al de Michel Foucault, Finkielkraut se propone desmenuzar la genealogía del triunfante concepto de diferencia y de identidad culturales. Contraponiéndose a la declaración de los



él la totalidad de las ciencias sociales) propone la diversidad sin jerarquías de las culturas: "La civilización mundial no puede ser, más que la coalición, a escala mundial, de culturas que preserven cada una su originalidad"<sup>19</sup>.

Veinte años después, en su segunda intervención, LéviStrauss profundiza en este tema cuando regresa, para renovar los términos, a la cuestión que había obsesionado al siglo XIX y a la primera parte del XX. Se preguntaban entonces si "la raza ejercía influencia sobre la cultura, y en qué forma"<sup>20</sup>. Ahora bien, la genética de los pueblos demuestra que "son las formas de cultura que los hombres adoptan aquí o allá, sus formas de vida tal como han predominado

en el pasado o como aún subsisten en el presente, las que determinan en gran medida el ritmo de la evolución biológica y su orientación. Lejos de preguntarnos si la cultura existe o no en función de la raza, descubrimos que la raza —o lo que generalmente se entiende por tal— no es más que una función de la cultura, entre otras.

Esa aseveración produjo un escándalo. Después de ser festejado unánimemente por su primera intervención, LéviStrauss disgustó esta vez a la mayoría de sus oyentes. Su delito: aunque con muchas precauciones, le había restituido al concepto de raza una legitimidad parcial. Era como volver a meter al lobo entre las ovejas.<sup>21</sup> Podemos sonreír ante el celo de una in-

Derechos del Hombre, los románticos —siguiendo al alemán Herder, inventor del concepto de *Volksgeist* ("espíritu del pueblo")— exaltaron la manera de actuar de cada nación, hasta el punto de negar al hombre a fuerza de querer privilegiar y justificar cada una de las razas y sus consiguientes costumbres.

No se trata ahora —prosigue el polemista— de volver a la filosofía de la Ilustración y su "cosmopolitismo abstracto", lo que se debe afirmar es que los particularismos no cubren la totalidad de lo humano. Por encima de cada variante está siempre la cultura, a secas, la que el mundo —especialmente el europeo— ha tardado siglos en elaborar. El occidental ha arrancado, así, su libertad a partir de su propia antigua cultura, superando la fuerza de las tradiciones seculares que sobre él pesaban. Con el corolario absurdo que, para hacerse perdonar el eurocentrismo, tiene ahora tendencia a conservar sólo para Occidente las ventajas duramente adquiridas, tratando al resto del mundo con tantos miramientos que lo deja indefinidamente esperando a la puerta de esa misma cultura superior.

Los filósofos de las Luces apostaban sobre el progreso conjugado de la técnica y la cultura y habían bautizado a esa aventura como *civilización*. Hoy, en el mundo occidental, lo que se universaliza es el poder económico a medida que la noción de cultura parece, en cambio, estar en franca regresión. En uno de los capítulos del libro, el que se titula, irónicamente, "La traición generosa", se desarrolla la idea de que a fuerza de admitir la diferencia y aceptar —al lado de las obras que "nos ayudan a pensar el mundo"— los *video-clips*, los *spots* publicitarios, parecemos hoy no saber o no querer resistir a la voluntad de poder desplegada por la omnipotente industria de la distracción.

Y prosigue, siempre en la misma vena: el más mínimo comportamiento humano resulta socializado. A partir del hecho de que una actividad cualquiera es considerada cultural se la toma por una actividad "cultura", en el sentido estético y espiritual. Fomentamos, por una parte, un saber especializado y, por otro, una cultura global irremediablemente infantilizada.

Sin embargo, a mí por deformación profesional lo que me llega más al alma son las treinta últimas páginas de la obra de Finkielkraut, las que se articulan en cuatro capítulos cuyos nombres lo dicen todo: "Un par de botas vale tanto como Shakespeare", "Su majestad el consumidor", "Una sociedad que llega al fin a la adolescencia" y el corto *post-scriptum*: "El zombie y el fanático", con ecos de Arthur Koestler, ese otro inveterado inconformista.

Me refiero a su ataque en regla a los llamados "posmodernismos". Yo, inocente, creía que sólo los padecíamos en arquitectura y las artes plásticas; este implacable discudidor nos demuestra que el "enemigo está en casa" y eso en todos los dominios, apañado por gobiernos que se dicen progresistas e instituciones internacionales que, por el hecho de serlo, se sienten atadas de pies y manos para actuar o, al menos, decir la verdad.

Cito textualmente: "El actor social posmoderno aplica en su vida los principios a los cuales, arquitectos y pintores del mismo nombre, se remiten en sus obras: como ellos, sustituye con el eclecticismo las que eran antiguas certidumbres. Rehusando la alternativa entre academismo e innovación, mezclan soberanamente los estilos: en vez de ser esto o lo otro, clásico o de vanguardia, burgués o bohemio, hacen un maridaje arbitrario de las pasiones más heterogéneas, las inspiraciones más contradictorias. Hay que ser leve, móvil, no detenerse en un credo o una actitud, pasar sin obstáculo de un restaurante chino a un club antillano, del alcuzcuz árabe al gui-

titución que lleva el rechazo al pensamiento racista hasta el grado de negar *a priori* toda reflexión en términos de raza y que, después de haber solicitado el auxilio de la ciencia, excomulga a esa parte de la producción científica rebelde a su catecismo. Pero en este caso no basta con la ironía. Efectivamente, en el momento en que la palabra raza se convierte en un tabú dentro de la UNESCO, el método de pensamiento del racismo se reconstituye protegido por el concepto irreprochable de cultura. Con la sacralización de la identidad cultural, el individuo se vuelve a encontrar encerrado dentro de su pertenencia. Esta, sin duda, no se define ya en términos biológicos de herencia. Pero ¿dónde está el progreso, puesto que según

las grandes declaraciones de la UNESCO, el deseo, el deber y la fatalidad impulsan a todos rumbo al seno de su cultura original? ¿De qué sirve destituir a la Raza, si sólo es para reconocer la misma influencia al Medio, y asignarle una función rigurosamente idéntica? A Renan, que afirmaba que "El hombre no pertenece ni a su lengua, ni a su raza, sólo se pertenece a sí mismo ya que es un ser libre, es decir, un ente moral", Barrès le respondía: "Lo que sí es moral, es no desear liberarse de su raza"<sup>23</sup>. En ese debate, la UNESCO se pone de parte de Barrès, al seguir proclamando que lo que es moral es sobre todo liberador, es decir, no querer liberarse de su cultura. No cabe duda que el racismo quedó exorcizado,

so tolosano, del *jogging* a la religión, de la literatura al *deltaplano*".

Finkielkraut recuerda con malicia la frase de los populistas rusos del siglo XIX: "un par de botas vale tanto como Shakespeare". Y esa soberbia —prosigue nuestro demoleedor— es un ejemplo para los posmodernos: si no quiere perseverar en la impostura, el arte debe darle la espalda a Shakespeare y acercarse —lo más posible— al par de botas. Esta exigencia se traduce hoy en el "minimalismo", es decir la supresión tendenciosa de todo gesto creador y la correlativa aparición en los museos de "obras" que no pueden distinguirse de los objetos de uso común.

De tal manera que hoy por hoy para los "avanzados": una tira cómica vale tanto como una novela de Nabokov; lo que leen las "lollitas" vale tanto como *Lolita*; un *slogan* eficaz equivale a un poema de Apollinaire o de Francis Ponge; un ritmo de *rock* a una melodía de Duke Ellington; un buen partido de fútbol a un ballet de Pina Bausch; un gran modisto a Manet, Picasso o Miguel Ángel; un *video-clip* a Verdi o Wagner.

¿Qué pretende el pensamiento moderno? —se pregunta retóricamente nuestro inquisidor— y responde: como el siglo de las Luces, hacer al hombre independiente, tratarlo en su calidad de adulto. Con un matiz de diferencia —sin embargo— puesto que ahora la cultura no es ya considerada como instrumento de emancipación, sino como una de esas instancias tutelares que *impiden la emancipación*. Dentro de esa óptica, los individuos habrán cumplido un paso decisivo hacia su mayoría de edad, el día en que el pensamiento deje de ser un valor supremo y llegue a parecer tan facultativo como apostar a las carreras de caballos o darse al *rock'n'roll*. Para entrar efectivamente en la autonomía —piensan los posmodernos— debemos transformar en *opciones* todas las que eran *obligaciones* en la era autoritaria.

Las obras existen —prosigue Finkielkraut— pero al haberse borrado la frontera entre cultura y entretenimiento, no hay sitio para acogerlas y darles sentido. Flotan, por lo tanto, en un espacio absurdamente sin coordenadas ni referencias. *Cuando el odio de la cultura se hace él mismo cultural, la vida con el pensamiento pierde todo sentido*. Permitir el acceso a la dignidad cultural al *rock* sólo porque halaga a los adolescentes, es algo, en sí, que resulta absurdo. No hay ya si quiera quien se alarme por la invasión de una propaganda elemental de la que quedan excluidos todos aquellos que no sean jóvenes, bellos o simplemente a la moda.

Siempre afilado en sus objeciones, Finkielkraut remata sentencioso: "La barbarie ha terminado por apoderarse de la cultura. A la sombra de esa gran palabra, la intolerancia crece al mismo tiempo que el infantilismo". Para concluir intransigente: "La vida con el pensamiento cede suavemente su lugar al enfrentamiento terrible o irrisorio del fanático con el zombie".

pero "el racismo no es un concepto biológico"<sup>24</sup>. Y en cuanto a encerrar al ser humano, la cultura lo hace bastante bien. Y hasta con mayor razón, puesto que la raza no es más que una versión científica y un delirio particular del culto del alma colectiva, aparecido en Europa con el concepto de *Kultur*. El delirio fue denunciado, e inclusive lo sigue siendo todos los días por autoridades muy respetables. Pero el culto no se ha interrumpido: regresa hoy con más fuerza, con su nombre original.

Por esto mismo la frecuencia de la palabra paz no ha disminuido en las resoluciones de la UNESCO. Y el escándalo provocado por Lévi-Strauss se debe así mismo a su resistencia a colocar bajo la rúbrica del racismo a "la actitud de individuos o de grupos cuya fidelidad a ciertos valores los hace parcial o totalmente insensibles a otros valores"<sup>25</sup>. Esta prudente rehabilitación de ciertas formas de intolerancia fue considerada simplemente intolerable por los miembros de una organización consagrada desde su nacimiento a favorecer la concordia y la fraternidad entre los pueblos.

Sin embargo, no se le puede reprochar a Lévi-Strauss que sea inconsecuente. Sería necesario un milagro para que los hombres, instalados cada cual en su cultura, fueran presa de una pasión espontánea por tipos de vida o por formas de pensamiento



alejadas de sus tradiciones. Por otra parte, si la riqueza de la humanidad reside exclusivamente en la multiplicidad de sus modos de vida, si "el honor de haber creado los valores estéticos y espirituales que le dan valor a la vida" pertenece, tal como lo escribió Lévi-Strauss y como lo dicen en otros términos las actuales resoluciones de la UNESCO, a "los viejos particularismos", entonces la sordera de las culturas no sólo es normal sino indispensable. Representa "el precio que hay que pagar para que los sistemas de valores de cada familia espiritual o de cada comunidad se conserven y encuentren en su propio fondo los recursos necesarios para su renovación."<sup>26</sup>

Pero la UNESCO prefirió no llegar al final de su propia lógica. Resultado: se invoca al diálogo en nombre de un concepto del hombre que lo excluye absolutamente; el aniquilamiento del individuo recibe ahí el nombre de libertad y el vocablo *cultura* se usa como estandarte humanista para dividir a la humanidad en entidades colectivas, infranqueables e irreductibles.

### NOTAS

Alain Finkielkraut es autor de *La sabiduría del amor* (París, Gallimard, 1984).

<sup>1</sup> Citado por Lawrence S. Finkelstein, en *A Critical Assessment of U.S. Participation in UNESCO*, University of South Carolina, 1982, p. 40.

<sup>2</sup> Conferencia de las Naciones Unidas para la creación de una Organización de las Naciones Unidas para la Ciencia y la Cultura, Londres, 1945, p. 50.

<sup>3</sup> Clement Attlee, *Ibid.*, p. 34.

<sup>4</sup> Léon Blum, *Ibid.*, p. 35.

<sup>5</sup> Lévi-Strauss, "Raza e historia", en *Anthropologie structurale deux*, Plon 1973, p. 385.

<sup>6</sup> Ver Jeanne Hersh, "Sur la notion de race", *Diogenes* No. 59, 1967.

<sup>7</sup> Conferencia de Londres, *Op. cit.*, p. 34.

<sup>8</sup> Conferencia mundial sobre políticas culturales, México, del 26 de julio al 6 de agosto de 1982, UNESCO, p. 4.

<sup>9</sup> Benda, *La Trahison des Le clercs*, J. J. Pauvert, 1965, p. 80.

<sup>10</sup> Benda, *Op. cit.*, p. 22.

<sup>11</sup> *Ibid.*, p. 166.

<sup>12</sup> *Ibid.*, p. 152.

<sup>13</sup> Aimé Césaire, *Discours sur le colonialisme*, citado por Raoul Girardet en *L'Idée coloniale en France de 1871 a 1962*, Pluriel, 1979, p. 308.

<sup>14</sup> "Porque la identidad cultural es el núcleo viviente de la personalidad individual y colectiva, es el principio vital que inspira las decisiones, las conductas, los actos que se observan como más auténticos" (*Conferencia de México, Op. cit.*, p. 20.)

<sup>15</sup> "Lejos de continuar siendo dos campos paralelos, la cultura y la educación se penetran mutuamente y deben desarrollarse simbióticamente, con la cultura irrigando y alimentando a la educación que se revela como el medio por excelencia para transmitir la cultura e intensificar la identidad cultural" (*Ibid.*, p. 7).

<sup>16</sup> Citado por Pascal Bruckner en *Le sanglot de l'homme blanc*, Ed. du Seuil, 1982, p. 194.

<sup>17</sup> Conferencia de México, *Op. cit.*, p. 39.

<sup>18</sup> Lévi-Strauss, *Anthropologie structurale deux*, p. 378.

<sup>19</sup> *Ibid.*, p. 417.

<sup>20</sup> Lévi-Strauss, *Le Regard éloigné*, Plon, 1983, p. 35.

<sup>21</sup> *Ibid.*, p. 36.

<sup>22</sup> *Ibid.*, p. 15.

<sup>23</sup> Benda, *La Trahison des clercs*, p. 56.

<sup>24</sup> Emmanuel Lévinas, *Difficile Liberté*, Albin Michel, 1976, p. 201.

<sup>25</sup> Lévi-Strauss, *Le Regard éloigné*, p. 15.

<sup>26</sup> Lévi-Strauss, *Ibid.*, p. 47.

